

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
@ 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
@ 1.25 cada semana.

Nº.

853

SANTORAL

Dom. 23 23º Después de Pentecostés. Santos Servando, Félix, pbro.; y Agripina, vg.
Lun. 24 San Rafael Arcángel y los mrs. Fausto, Farnacio y Fermín.
Mart. 25 Santos Próspero, Máximo y Adalberto.
Miérc. 26 San Evaristo y los mártires Pelayo, Juan y Pablo.

Juev. 27 Santos Florencio y Crescente, mrs., Juan, pbro.
Viern. 28 Santos Simón y Judas y los mrs., Plutarco y Marcela.
Sáb. 29 Santos Narciso y Marcelo, mrs.; Benita, vg.

LUNA NUEVA a las 9.36 a. m.

Domingo XXIII después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo—Cap. IX.

En aquel tiempo estando Jesús hablando a las turbas, llegó un hombre principal o jefe de sinagoga, y adorándole, le dijo: Señor, una hija mía se acaba de morir; pero ven, impón tu mano sobre ella, y vivirá. Levantándose Jesús, le iba siguiendo con sus discípulos, cuando he aquí que una mujer que hacía ya doce años que padecía un flujo de sangre, vino por detrás y tocó el ruedo de su vestido. Porque decía ella entre sí; con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. Mas volviéndose Jesús y mirándola, dijo: Hija, ten confianza; tu fe te ha curado. En efecto, desde aquel punto quedó curada la mujer. Venido Jesús a la casa de aquel hombre principal, y viendo a los tañedores de flautas, o música fúnebre, y el alboroto de la gente, decía: Retiráos, pues no está muerta la niña, sino dormida. Y hacían burla de El. Mas echada fuera la gente, entró, la tomó de la mano, y la niña se levantó, y divulgóse el suceso por todo aquel país.

Aplicación moral

Ved por qué al entrar Jesús en la escena fúnebre de la casa de Jairo, manda con soberana autoridad despojarla de lutos, lágrimas y estrepitosa tristeza; entra la Vida; se equivocaron los que dijeron al desconsolado padre que no era precisa ya la presencia del Maestro; sí, ahora más que nunca es precisa; se trata de demostrar la divinidad de Jesús, y de dar una lección importantísima al mundo sobre la actitud que debemos observar ante la muerte del cuerpo. Hemos oído las risas de los circunstantes ante la rotunda afirmación divina de que la niña estaba solamente dormida; así se ríen los incrédulos, cuando se les dice que el sueño de la muerte cede ante la llamada de la Omnipotencia de Dios; y desgraciadamente muchos cristianos parecen estar de acuerdo en la fatalidad definitiva de los sepulcros, como si ellos fuesen el sello de la muerte eterna: así lloran y se desconsuelan, y se afligen ante los despojos que la muerte dejó en el lecho al arrebatarles un ser querido. ¿Pero es que la fe cristiana no penetra con sus luces en la lobreguez de las tumbas?, ¿no dice nada a los sobrevivientes, de los destinos de las almas inmortales y de los cuerpos que ellos informaron? Si Jesús llegara a una casa cristiana en los momentos del duelo, y se dispusiera a repetir el milagro operado en la hija de Jairo, la familia entera despediría el duelo y lo convertiría en fiesta, convencida de que la muerte estaba ya vencida. Y ¿teniendo como tenemos la seguridad de que Jesús es la resurrección

y la vida de los cuerpos y de las almas, sólo porque el milagro no se produce a nuestra vista, hemos de llorar la muerte, sin atisbos de esperanza cristiana, deshonorando nuestra fe y ofendiendo el poder de aquél para quien todo vive y que venció la muerte? ¿Será digno de un cristiano el consuelo de los que se resignan a lo fatal, a lo inevitable, sin levantar al cielo los ojos y ver la Vida de Dios afirmando que ante El nada muere y que todos viviremos eternamente? Es además deshonoroso para nuestros muertos, llevados al descanso eterno y caídos en los brazos amorosos de nuestro Padre celestial, lamentar tanto y tan tenazmente el paso decisivo que los puso en posesión de su eterno destino. La esperanza cristiana debe moderar los excesos de lloros y lágrimas, e imponer al dolor cristiano el sello de serenidad y de paz que edifique a cuantos nos observan. Aún más; sabemos que las almas de nuestros queridos difuntos están al alcance de nuestra oración de sufragio; ¿por qué no suprimir todo ese boato mundanal de que se disfraza la muerte con la vanidad de los vivos, y pasar con nuestra oración la frontera de la vida, y aprovechar las expiaciones que Dios pone en nuestras manos, en forma de limosnas a los pobres, o de inmolaciones en los altares? Bendigamos sinceramente al Señor, porque ha puesto un término inevitable a esta vida llena de tantas miserias, y porque de éstas ha hecho ocasiones de merecer la vida que no se acaba. Seamos así cristianos ante

el lecho del dolor de los nuestros, y preparemos nuestro espíritu para santificar los dolores, la enfermedad y la muerte propia. Jesucristo es de hecho nuestra resurrección y nuestra vida; si vivimos en contacto con Jesús, el aguijón de la muerte nos será más leve y servirá de estímulo para permanecer a El unidos, de manera que ni la enfermedad, ni la muerte, puedan separarnos de quien es la resurrección y la vida perdurable en el cielo.

CARTA PASTORAL

DEL ILUSTRÍSIMO DOCTOR RAFAEL OTÓN CASTRO
Y JIMÉNEZ.

Al Venerable Cabildo Metropolitano, al Clero y a los fieles de nuestra Arquidiócesis. (Termina)

Por estas razones os exhortamos con toda la vehemencia de nuestra alma, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, a recurrir en este precioso mes de octubre por medio de la Virgen del Rosario, *al Señor que siempre tiene misericordia de los que le temen e invocan y disimula sus pecados por virtud de la penitencia.* (Sabiduría 11; 24.) Si la gran Nínive pagana se libró de la Justicia Divina porque escuchó la voz de Jonás y practicó la penitencia con rigurosos ayunos, ¿cómo no habría Dios de perdonar a la sociedad cristiana que es su pueblo escogido del Nuevo Testamento, vivificado por su propia sangre y la gracia de los sacramentos? Gran consuelo es en medio de tanta ruina moral y espiritual que la luz de la verdad no deja de brillar en muchas almas, en las cuales se ostenta una práctica piadosa y delicada de la vida cristiana; pero nunca hemos de creer que ya hemos hecho lo suficiente en esta obra perennemente santificadora del Espíritu Divino. No desconocemos que la gente de nuestro siglo se espanta al sólo oír la palabra penitencia o la escucha con sarcástica sonrisa como si se tratara de una cosa baladí y fuera de tono con el prurito de la civilización, mas esto sucede porque los refinamientos y sensualidades de la época han debilitado el espíritu cristiano aun en muchos que se tienen por piadosos. Mas, vosotros, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, con vuestro buen ejemplo y virtuosa penitencia debéis ser como la buena levadura que fermenta toda la masa social. Celebrad con el mayor fervor posible el santísimo mes del Rosario; no dejéis un sólo día sin pasar por vuestras manos las sagradas cuentas de esa oración angelical que serán perlas y diamantes en la corona del premio eterno. Escuchad la voz del Pontífice Supremo y practicad con verdadero espíritu de penitencia lo que recomienda en el párrafo ya citado en esta nuestra carta, dejando al menos por unos ocho días todo espectáculo público por lícito que sea, haciendo ahorro especial en favor de los pobres y procurando la sumisión propia a los designios de Dios y el buen consejo y ejemplo para los más desvalidos que necesitan de conformidad y sostén en las luchas de la vida.

Quiera Dios, Venerables Hermanos y amadísimos hijos, que por nuestras oraciones y penitencias, ofrecidas a Dios en el mes de octubre por mediación de la Reina del Rosario, alcancemos todos el perdón de la Justicia Divina y el remedio de los grandes males sociales. Suban esas mismas preces y desagravios hasta el trono de Dios, como incienso perfumado y amoroso homenaje de su pueblo fiel; y descienda sobre todos la bendición que de corazón os damos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en el Palacio Arzobispal de San José de Costa Rica, a los 20 días del mes de setiembre de 1932.

† RAFAEL OTÓN,

Arzobispo de San José de Costa Rica

El pavoroso problema de la cuestión social, que preocupa hoy más que nunca todas las inteligencias de buena voluntad, ha levantado organizaciones grandiosas en aquellas mismas naciones donde las luchas del proletariado estaban mejor encauzadas, como por ejemplo en Alemania, Bélgica y Francia. Todas estas entidades de acción católica social reportan notables beneficios a los obreros y solucionan sus más áridos problemas angustiosos, exacerbados por la crisis mundial económica, basada en la crisis moral y religiosa, que invade la sociedad entera.

Por eso nosotros insistimos en la necesidad imperiosa de organizaciones católicas inspiradas en las sabias Euclicicas «Rerum Novarum» y «Quadragesimo Anno», emanadas del magisterio infalible de la Iglesia, que en todas las edades, desde su fundación divina, protegió con sus enseñanzas salvadoras al individuo y a la sociedad, resolviendo siempre los trascendentales problemas económicos entre los ricos y los pobres, que no son de hoy sino de todos los tiempos, porque siempre en la tierra habrá pobres y ricos.

El problema social mundial que hoy particularmente amenaza de muerte los cimientos básicos del orden político, social, moral y religioso, debemos estudiarlo primero en las purísimas fuentes de la verdad eterna e inmutable, en aquella caridad sublime, superior a todas las demás virtudes cristianas y demostración elocuente de la divinidad de la Iglesia Católica. Caridad, mucha caridad y más caridad necesitamos todos y en todos los órdenes de la vida social. Caridad, y más caridad necesitan los ricos, los beneficiados de la fortuna, que no son dueños absolutos de sus riquezas, sino simples mandatarios, administradores de sus bienes para el bien de sus semejantes, de la sociedad donde desarrollan sus actividades. Caridad, mucha caridad necesitan los pobres, los indigentes, los proletarios, los obreros, que hoy se aunan, se agrupan y se defienden de todas las inclemencias, de tantas expoliaciones, de tanta codicia y usura, que provoca las iras de las masas sociales, imposibilitadas para atender las ineludibles necesidades del hogar y de la familia.

Caridad, mucha caridad en todas partes y a todas horas y frente a frente de todas las contingencias morales y sociales, porque no hay, ni puede haber, religión verdadera, abnegación y sacrificio, si sobre nosotros no brilla majestuoso y resplandeciente el sol bendito de la caridad, que es Dios, pues como bellamente dice el Evangelista S. Juan: «Dios es amor».

Vivimos en una época excepcionalmente egoísta, desmoralizada, de espaldas a la cruz bendita del Calvario, en la cual impera al afán del lucro de la sórdida ganancia, que colme, en lo posible, los grandes anhelos de placeres del hombre. Para la curación radical de tanto mal y de tanta perversidad necesitamos el más alto influjo de la caridad cristiana tal cual la enseña divinamente inspirado el Apóstol San Pablo, tal cual predica la Iglesia católica, depositaria única en la tierra de aquellas divinas enseñanzas.

Los ricos, entendiéndolo bien, los ricos tienen obligación estricta de ayudar a los pobres en sus circunstancias apremiantes. Los ricos están en el deber de fomentar todas las reformas sociales, que tengan por objeto el bienestar del obrero. Los ricos han de contribuir especialmente a las obras de beneficencia social católica, han de proteger, ayudar y fomentar, según las normas de la Santa Sede Apostólica la prensa católica, como lo hicieron y lo hacen hoy de manera sorprendente los católicos alemanes, belgas y franceses. Los ricos han de

desterrar esa apatía reinante con que contemplan las grandes necesidades del proletariado.

Aplaudimos el desprendimiento de los ricos y de los pobres para levantar y hermosear los templos católicos necesarios para el culto público ordenado y mandado por Dios; pero en las presentes circunstancias aplaudiríamos mucho más ese desprendimiento, esa caridad ideal, para formar y levantar templos espirituales, almas fundamentalmente cristianas, corazones denodados y valientes que amen a Dios con todo su corazón, por el conocimiento sobrenatural que de El deben tener, almas fervorosas que conozcan sus eternos destinos, el fin grandioso para que fueron lanzados al mundo de la existencia.

La prensa católica en muchas naciones sufre el más cínico y descarado desprecio, aun de aquellos mismos que por sus ideales debieran apoyarla. La prensa católica es impotente en muchos lugares de la tierra para malbaratar las maquinaciones del averno, de la difamación, de la calumnia, porque la prensa liberal, impía, atea, enemiga solapada o declarada de la Iglesia, ha tomado todas las declaraciones, se levanta sobre todas las fortalezas de la tierra, domina todas las oficinas de información social telegráfica, cablegráfica e inalámbrica, envolviendo el globo terráqueo en las férreas cadenas de sus redes seductoras y desmoralizadoras.

Católicos costarricenses! suena la hora suprema en el reloj de la Providencia Divina, urgiéndolos el cumplimiento de vuestros deberes sociales y religiosos, que el comunismo económico avanzado barrena con empuje avasallador. Católicos costarricenses es hora de despertar del sueño, del letargo, porque, no lo dudéis, las nubes se condensan, el horizonte está oscuro y siéntese ya el chasquido del látigo terrible, del comunismo, porque el hombre enemigo no duerme, la semilla se arroja de noche y de día en vuestro campo social y podemos amanecer todos envueltos en el caos, en la ruina, como lo demuestran los acontecimientos contemporáneos de Rusia, México El Salvador y España.

Animo, valor, decisión, caridad y más caridad y a trabajar todos enarbolando el estandarte de Jesucristo, nuestro Jefe único bajo la sabia dirección de la Iglesia y de nuestros superiores legítimos.—R. P. C.

COMPENDIO A RECORDAR

Aprende a seguir tu vía sin voluntarios desvíos, rujan o no las pasiones.

Calla los defectos de los otros; di mucho de su bondad; no expongas tus buenas cualidades, y recuerda que la gratitud es del agrado de Dios y de los hombres.

Que veas en el sol antes la luz que sus manchas, y en la flor, antes que las espinas, su aroma; pues, si bien lo observas, es mayor que el mal, el bien que no percibes.

Procura con el hablar poco el decir mucho: firmeza, que Dios, para tu bien, es quien manda los sucesos.

No toda verdad se puede siempre decir, y el decirla siempre por entero, nunca obliga; que se dañaría con las buenas obras que quieren ocultarse, o con las malas que deben encubrirse.

Tienen las verdades sus tiempos; el ojo perspicaz distingue el corazón del hombre, según le encuentra, obra; que hay estados en que se tolera mucho, y en otros, indicación ligera ofende.

Aduna la verdad a la prudencia y harás fuerza, si no destruirás: que hay hombres que con medicinas matan, y otros curan con veneno.

Las más de las veces la victoria estriba en acometer a tiempo con presteza y diligencia.

EL MODO DE ORAR

Hay personas piadosas que no saben como conciliar la recomendación que muchas veces nos ha hecho Jesucristo, de orar sin cesar. Creen que la persona necesita acudir en ayuda de la inteligencia de Dios, obligándole a nuestro pensamiento a una sujeción forzosa. Tal concepto, efectivamente, resulta incompatible con una serie de obligaciones que el hombre debe cumplir durante el día y que concentran toda la atención de su espíritu. Sucede con frecuencia en las personas que sufren esta equivocación, que para ellas la oración no es otra cosa que una serie de palabras y de frases que les hablan a ellas mismas más que a Dios.

La oración continua que recomienda Jesucristo nada tiene de imposible ni difícil. La oración es juntamente una elevación y una dirección del espíritu hacia Dios. Por consiguiente, siempre que el espíritu se eleva y se fija en Dios, la persona hace oración. Podríamos reducir todas las fórmulas a tres: rezar, meditar y trabajar.

El rezo comprende la fórmula oral, y la fórmula interna. La meditación comprende entre sus elementos la atención en un objeto, la reflexión sobre el mismo, y la aplicación a la práctica de la vida; si falta este último tendrá razón de estudio más no de meditación. El trabajo generalmente, se refiere al cumplimiento del deber, ora se concrete este a un orden intelectual de estudio y reflexión, ora se manifieste por la abnegación en el sufrimiento, por la predicación y apostolado por medio de la palabra y del ejemplo, así sea un ejercicio puramente muscular que gasta las energías del cuerpo.

Tomada la oración en este sentido, se explica fácilmente el consejo de Jesucristo y las expresiones que se refieren a las vidas de los santos, cuando afirman en forma absoluta que están en continua oración. No hay un sólo instante en nuestra vida en que no estemos ocupados en pensar, en querer o en obrar. Todas las manifestaciones de nuestra vida tienen un doble fin, uno inmediato que lo lleva inviscerado la misma obra o acto, y otro mediato, que es Dios. Cuando nuestros actos son dignos de este fin que es Dios, el acto es una verdadera oración. Así se comprende, cuando estudiamos y pensamos en la manera de orientar nuestra vida, cuando tomamos resoluciones enérgicas para practicar el bien y evitar el mal, cuando depositamos gérmenes de doctrina sana en el espíritu de los demás y cuando sepultamos los átomos de nuestra existencia, nuestras energías físicas entre los instrumentos del trabajo, entonces hacemos oración. San Pablo resume en estas palabras: «Ya sea que comáis, ya que bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios.»

LA MADRE DE DIOS

Como la aurora esplendorosa y bella, como tarde de abril, iluminada, como el fulgor de la luciente estrella, es la Madre de Dios, Inmaculada.

Eucarística rosa perfumada, astro que luz benéfica destella, dulce, cual el rumor de una cascada y pura como la hostia santa es Ella.

Vaso sagrado, espiritual, bendito crepúsculo celeste matutino y Reina patriarcal del infinito

Lucero que refleja en el camino, por donde sigue el pecador proscrito y refugio de paz del peregrino.

ERNESTO ORTEGA

Que la vida es un Edén,
No lo podemos negar,
Y al que lo dude le basta
Ver el mundo cómo va...
Los periódicos no saben
Qué noticias relatar,
Porque son lagos tranquilos
los pueblos en general...
En las familias también
Reinan la dicha, y la paz...
A poco que las tratéis
Ya lo podéis observar...
Los padres son tan cristianos,
Que no lo pueden ser más,
Y copiando sus virtudes,
Los hijos hacen igual.
Los pobrecitos enferman
De tanto y tanto estudiar,
La flor de la calabaza
Suele aliviarles el mal...
La mujer es un modelo
De modestia y humildad,

EN BROMA

Pues los ojitos, del suelo
No se atreve a levantar...
Los criados son sumisos,
Los amos todo bondad,
¡Créanme ustedes, señores,
No nos podemos quejar!
La vida está baratita,
Un peso no vale un real,
Y las cosas más precisas
Medio de baldes están...
Los boticarios se arruinan,
Pues no hay una enfermedad,
Y los doctores no saben
Donde ir a... recetar.
Los «Bares», están desiertos
Por falta de personal,
Porque los hombres de ahora
Piensan sólo en trabajar...

Las prisiones no funcionan
Por no haber ni un criminal,
¡Se acabaron los tumultos;
Los guardias están demás!
Como salgo de dormir,
Y es confuso el despertar,
No acabo de comprender
Si esto es sueño, o realidad...
Mas yo pregunto, lector,
Y tú me responderás;
Una sociedad así,
¿Es fácil de gobernar?
Tiempos hace que el planeta,
Lleva una marcha fatal...
Y así rodando, rodando...
¿Dónde iremos a parar?
Hay un remedio seguro
Una receta eficaz;
*Para reformar el mundo
Refórmese cada cual.*

B. S. L.

Indulgencias y gracias Pontificias

Concedidas a los fieles durante el mes de Octubre

1ª.—En la fiesta del Santísimo Rosario (Primer Domingo de octubre) los fieles pueden ganar indulgencia plenaria, por cada una de las visitas que hagan en las iglesias que se halle establecida la Cofradía del Rosario y haya Capilla del Rosario o se exponga la imagen de la Santísima Virgen del Rosario. El tiempo apto para ganar esta indulgencia es desde el medio día del sábado hasta las doce de la noche del domingo citado.

2ª.—Una indulgencia de siete años y otras tantas cuarentenas, que ganarán los fieles todas las veces que asistan en una iglesia al antes dicho devoto ejercicio del Rosario, rezando, como dijimos, según la mente de Su Santidad. Mas aquellos que son detenidos por algún impedimento para asistir en las iglesias al expresado ejercicio, Su Santidad les concede que puedan ganar la misma indulgencia con tal que recen en privado el Santo Rosario y las letanías según la intención de Su Santidad.

3ª.—Una indulgencia de siete años y siete cuarentenas que ganarán los fieles cada vez que rezaren en el ejercicio del Rosario durante el mes, la oración «A ti, oh glorioso San José».

4ª.—Aquellos que durante el tiempo desde el 1º de octubre al 2 de noviembre hubiesen asistido por diez veces al mencionado ejercicio del Rosario, o hubiesen confesado, cumplido con esta devoción privadamente en caso de impedimento, y además se hubiesen confesado y recibido la Santa Eucaristía y rezaren según la mente del Sumo Pontífice, Su Santidad les concede otra plenaria, la cual cada uno puede ganar en el día que escoja durante ese tiempo.

El Sumo Pontífice Pío XI concede indulgencia plenaria perpetua a todos los fieles—que confesados y comulgados—recen la tercera parte del Rosario, ante el Santísimo, solemnemente expuesto o reservado. Esta indulgencia se extiende a todo el año y a todas las veces que se practicare el devoto ejercicio.

Por esta concesión especialísima, todos los fieles pueden ganar cada día tantas indulgencias plenarias cuantas veces recen una parte del Rosario delante del Santísimo.

Cuatro condiciones se exigen para disfrutar de este gran privilegio mariano:

1ª.—Rezar una tercera parte del Rosario (del Rosario tradicional fundado por Santo Domingo).

2ª.—Rezarlo delante del Santísimo, expuesto o reservado, en cualquier iglesia u oratorio.

3ª.—Confesarse. (Basta la confesión semanal o quincenal).

4ª.—Comulgar. Las personas de comunión diaria, *diariamente* pueden ganar esta indulgencia plenaria aunque dejen de comulgar una o dos veces en semana.

Indulgencias por la visita del Santísimo

Con ocasión del Congreso Eucarístico de Dublín, Pío XI ha concedido perpetuamente a todos los fieles las siguientes indulgencias:

1. *Diez años* cada vez que visiten, con el corazón contrito, el Santísimo Sacramento, rezando cinco Padrenuestros, Avemarías y Gloria, y otro Padrenuestro, Avemaría y Gloria por las intenciones del Papa.

2. *Plenaria* una vez a la semana, confesando y comulgando, a los que por una semana entera hubiesen hecho la visita mencionada. (3 de junio de 1932).

También el Sumo Pontífice ha concedido *indulgencia plenaria* perpetua a todos los fieles que, confesados y comulgados, recen la tercera parte del Rosario, ante el Santísimo, solamente expuesto o reservado.

Esta indulgencia la concedió, no hace aun tres años, el mismo Pío XI. Largueza del Sumo Pontífice para estimular en los católicos más piadosos su devoción para con el Santísimo Sacramento del Altar.

NOTICIAS

—Los católicos de Alemania trabajan por formar un frente único internacional contra el frente único de comunistas y ateos. Es continuación en la tierra de la lucha emprendida por San Miguel contra Lucifer.

—En Argentina se ha organizado una Comisión Popular contra el Comunismo. Para agosto anunció una serie de conferencias en las calles y plazas públicas de la capital.

—Hemos recibido un número de «Aspiraciones», órgano central de la Liga Anticomunista, publicado en Madrid. En él se hace un llamamiento a favor de tan importante Liga. ¿La apoyarán todos los amantes del orden?...

Imp. «EL HERALDO», Cartago